[illegible] given to dear
friend Mr. Robertson with
[illegible] kind regards and
best wishes.

[illegible] 28/1/912

G. Marconi

La Inmigracion China

Abierta á discusión por los partidos federal y nacionalista me permito terciar en esta polémica, debido á mi entrañable cariño á estas islas, á la importancia que reviste el asunto para el bien, el engrandecimiento de estos habitantes,

que merecen todas las simpatías, todos los consejos del mundo, por su ilustración, por las infinitas desgracias que sobre ellos han caido en recientes años.

No se vea en mis escritos, pues otro objeto que dar mi opinión por lo que valga, y vean en mí nada más, aunque español de cuerpo y alma, que un amigo, un hermano de los filipinos, que quisiera ver este país desbordando de paz, tranquilidad y felicidad, gozando de sus naturales riquezas, las más exuberantes que Dios haya concedido á tierra cualquiera.

Tengo delante de mí el proyecto de peticiones presentado por la ponencia del partido federal á la asamblea de su partido, que tuvo lugar ayer.

Sobre ellas me basaré para emitir

mis opiniones sobre la inmigración china, tema de tan trascendental importancia para el archipiélago.

Principiaré por atacar el dicho que cópio textualmente "Es dudoso en primer lugar que los chinos vengan á Filipinas para ser agricultores."

La experiencia, las estadísticas demuestran lo erróneo de esa idea.

En ciertas provincias del imperio vecino existe tal exuberancia de habitantes que, por necesidad de las leyes humanas, han de buscar, fuera de su país natal, una gran parte de sus habitantes, el sustento.

Desde hace siglo es sabido que chinos han emigrado á todos los países vecinos suyos; pero es desde 1860 desde que se inició con más ardor esa emigración.

Aficionado, como lo soy, á estadísticas, las que sostengo son las más elocuentes de todas las retó-

ricas, daré un resúmen de unas tablas de emigración de los puertos de China, que tengo á la vista:

Total de emigrantes chinos desde 1881 á 1898:

Inmigración á Singapore:

Chinos . . .	1.721,974
Mujeres . . .	73,803
Niños . . .	26,132
Total .	1.821,209

Inmigración á Penang:

Chinos . . .	893,635
Mujeres . . .	42,271
Niños . . .	9,222
Total .	945,128

Inmigración á Malaca

Total 8.595

Total de la inmigración china á los estrechos 2.775,632 almas.

De 1876 á 1898 emigraron á Cochin china:

De Emuy . .	7,980	chinos
De Swatow .	28,951	„
De Kiwngchow.	1,710	„
Total .	38,641	chinos

sin contar un gran número de varios centenares de miles que, por conveniencia de trasportes, emigran desde Hong-kong, y cuya estadística no he podido procurarme.

En Java, que con su enorme población indígena, de 24,000,000 de habitantes, no necesita de ninguna inmigración, sin embargo, el año 1895, la población China era de 257.489 almas.

Y para no hacer más largo este artículo, pararé, estando convencido de que el chino, sin duda alguna, vendrá á Filipinas á cooperar al

desarrollo agrícola, y añadiré otra prueba.

En ciertas provincias de China es el salario de un agricultor en el campo, unos pfs. 2 al "año," naturalmente libre todo.

¿Cómo se puede comprender que ese indivíduo al brindarse un salario de pfs. 8 á pfs. 9, al "mes," que es lo que ganan al ir á las colonias ya mencionadas, no acudan á Filipinas?

Si no han venido á estas islas durante la dominación española, sino para otras ocupaciones ¿es acaso la culpa del chino? ¿Háse hecho algún esfuerzo para encauzarle al campo? ¿Hánse hecho leyes que lo protejan, á él, como tambien al hacendero?

Si tal se hubiese hecho, lo mismo que lo han verificado las colonias vecinas, ¿hay duda ninguna de que se hubiesen dirigido aquí con pre-

ferencia á las mencionadas posesiones donde hay plétora de inmigración?

Mírese cuerdamente el asunto, y se verá que queda destruida la primera teoría de la ponencia del partido federal.

Pero antes de proseguir voy á hacer dos preguntas que son la clave principal en toda discusión posible sobre esta tema:

1 a ¿Es necesaria la inmigración para las Filipinas?, y

2.a Si tal fuere, ¿qué raza es la más adaptada á traer los resultados más benéficos al archipiélago?

Continuando, mi contestación á la primera pregunta, es que la inmigración en Filipinas es de absoluta necesidad.

Entiéndase una inmigración limitada, encauzada á los trabajos rudos del campo, de las minas, y otras análogas industrias, no una inunda-

ción que arrolle al filipino, á quien quiero demasiado para verle dañado.

La población de las islas, está variamente estimada. En los últimos censos del gobierno español se elevaba a cinco y medio millones. Don Agustín de la Cavada, notable autoridad sobre el asunto, la ha dado como de ocho millones.

Si aceptamos un promedio, dará este unos "quince" habitantes por milla cuadrada. Dada la riqueza del suelo, no hay duda ninguna que podrían caber cómodamente "sesenta y cinco" por milla cuadrada. dando á todos ancho campo, y trabajo remunerador.

Como he mencionado antes, Java, que es casi de la misma superficie que Luzón, contiene 24.000.000 de habitantes, y sus estadísticas demuestran indiscutiblemente que aumenta anualmente sus fuerzas productoras.

Para volver á la población de Filipinas hay que descartar los no inconsiderables habitantes de Mindanao y las islas de Joló, como tambien las tribus de aborígenes en varias de las otras islas, las que por sus tradiciones, carácter é inclinaciones, no se puede contar con ellas para trabajar campos, minas, etcétera. Viven una vida nómada y depredatoria, y son salvajes y no fáciles de ser pacificados.

El filipino no es un habitante muy prolífico; además, hasta este siglo, sus costas han sido contínuamente desvastadas del lado del Sur por piratas de Mindanao y Joló, y del Norte por los chinos y japoneses, los que en toda ocasión cruelmente exterminaban pueblos indefensos y se llevaban gran número de esclavos.

Recientemente las guerras y el cólera deben haber mermado conside-

rablemente su población Es un hecho indiscutible que la riqueza y fertílidad del suelo y subsuelo del archipiélago no se pueden exagerar. Minerales de toda clase pueden verse á la superficie como invitando al explorador á obtener las enormes riquezas que escondidas existen unoscuantos piés debajo de su planta. Todo ingeniero experimentado ha alabado las inestimables riquezas enterradas en el archipiélago, solo esperando á los inteligentes, y trabajadores, para ser traidas á la superficie.

No hay nadie que haya visitado estas islas, que no haya admirado su siempre verde y rica vegetación. En pocos años una sementera abandonada se llena de un bosque vírgen penetrable solo con el machete. Plantas productivas de toda clase crecen en su suelo con la mayor

exuberancia. Dos y aun tres cosechas de arroz anuales son recogidas en ciertas provincias. Su caña, el tabaco, el café, el abacá, y otros productos son conocidos en todas partes del mundo, y podrían ser mejorados y aumentada su producción con manos habiles é inteligentes. Sus forestas vírgenes, están repletas de las más hermosas y ricas maderas conocidas, que solo requieren ser cortadas para enriquecer á miles de personas y sin número de nuevos productos podrían con facilidad ser aclimatados.

No creo que nadie pueda disputar el hecho de que la población filipina no es suficientemente numerosa para trabajar las enormes riquezas que contiene este El Dorado, por tantos años presa de crueles calamidades.

Como raza oriental el filipino

es todavía algo indolente. Es difícil inducirle á trabajar cierto número de horas cada día al mes, como los obreros de otras partes del mundo. Ofrecerle, para estimularle á trabajos extraordinarios, una recompensa, no le conmueve. Nunca se ha visto frente á frente con los fríos vientos del Norte, con heladas y tormentas en tiempo que los campos están áridos y no hay protección contra el hambre y el frío; por ello no tiene el estímulo de la necesidad para mirar al dia de mañana. Todo los esfuerzos hechos para persuadirle han sido infructuosos. Ha vivido sin necesidad de grandes esfuerzos ¿porqué ha de hacerlos? Un par de horas al día le son suficientes para dedicarlos á la siembra y la cosecha. Esto conseguido, ningún aliciente es bastante para obtener mayor esfuerzo por su parte.

La razón característica en el oriental, y sobre todo en el filipino, es facilmente hallada. Sus necesidades son escasas, la civilización aún no le ha hecho víctima creándole mil inútiles superfluidades, necesita poco, y se ha acostumbrado, aun teniendo abundancia, á ser modesto en sus aspiraciones. Frugal en su comida, consistente principalmentec en productos locales, por unos cuantos céntimos su apetito está satisfecho. El clima no le permite tener lujos para cubrir su cuerpo, y sus habitaciones necesariamente deben ser primitivas por los frecuentes terremotos. Es por lo tanto feliz si tiene algo sobrante para destinarlo á sus diversiones. ¿Por qué, pues, debo trabajar más? piensa él, y como buen oriental, es fatalista, y no se acuerda del día de mañana, abandonándose al "dolce far niente."

En Java, donde existe la misma raza y con las mismas condiciones de clima y necesidades, vemos al natural trabajando duro y con dificultad cumple sus obligaciones. La razón es sencillamente la superabundancia de su población, lo que desgraciadamente no posee Filipinas.

Aunque fuera tan enérgico é industrioso como el obrero extrangero, el agricultor natural de las islas, que á lo mas suman unos dos millones, nunca podría, sin ayuda, cultivar los vastos campos, ahora impenetrables bosques del archipiélago.

Sin embargo, es de notar que el filipino es paciente, perseverante é inteligente, mucho más que sus vecinos; y estas grandes cualidades, cultivadas y llevadas á la práctica, han dado admirables resultados, como todo el que haya visitado la Exposición de Manila el 1895 puede tes-

tificar. Allí es, donde me fué dado admirar trabajos artísticos en pintura, escultura, música y otras artes, unido á trabajos mecánicos que me demostraron una inteligencia asombrosa.

Es tambien de notar que el Filipino ha demostrado ser notable en otras tareas. Sus médicos, sus hombres de leyes, sus escritores están para probarlo. Es además bravo y sufrido en la guerra. Todas estas cualidades pueden ser utilizadas, y sin embargo aunque habrá trabajo árduo, de sobra, para todos los filipinos que lo quieran, hay muchas ocupaciones más ligeras que se ofrecerán á los que están más adelantados por sus cualidades intelectuales. El filipino no será dañado, al contrario, será beneficiado, con el desarrollo de las islas con braceros importados.

En poco tiempo el filipino aprende lo que otro oriental necesita doble tiempo para enterarse, y aún así no tendría la paciencia é inteligencia de continuar. Está naturalmente inclinado de ese modo, y por lo tanto debería ser estimulado en esa dirección.

Por lo tanto digo yo, si las islas deben prosperar y sus naturales riquezas verse desarrolladas, algún bracero ha de importarse para cooperar con el filipino.

¿Podrán obreros europeos ó americanos dar resultados prácticos en Filipinas? No creo necesario ir á una discusión detenida en este punto. La mencionada pregunta ha sido contestada en forma negativa por muchos experimentos costosos.

El constante calor y la perpétua humedad tan necesarios para esta rica vegetación del suelo filipino,

son fatales para el extrangero. La disentería, catarros intestinales, fiebre malaria y anémia atacan al extrangero aun viviendo en buena, limpia y confortable vivienda, en ciudades bien acondicionadas.

¿Qué ocurriría al que tuviera que trabajar bajo un sol tropical, ó un diluvio equatorial, y manteniéndose necesariamente de los productos, no muy nutritivos por cierto, de sus campos.

En 1895 el regimiento de artillería, la única fuerza europea que guarnicionaba por España estas islas, tenía de fuerza unos 1000 españoles y 180 indígenas. De estos en ese año,. 739 españoles y 24 indígenas pasaron por el hospital militar: 16 murieron y 106 tuvieron que ser repatriados; y este fué el resultado con hombres bien cuidados, confortablemente acuartela-

dos en la ciudad murada, bien nutridos, y á los que no las permitían hacer ningun trabajo duro.

He pasado la mayor parte de mi vida en Oriente, No he visto aún ni un solo caso de que un europeo pudiera soportar los efectos enervantes del trabajo manual del campo bajo este sol tropical. Esta es la opinión que prevalece de todo extranjero que vive en los trópicos asiáticos. Esto siendo así, sería más que locura pensar en desarrollar las inmensas riquezas de las Filipinas, que lo sean por su agricultura ó sus minas con la introducción de europeos ó americanos de zonas templadas.

También hay que calcular un hecho que no hay que perder de vista y que es un factor importante en el reparo que existe en la introducción del blanco como bracero. Este

se encontrará en competencia con el asiático ya aquí, cuyos sueldos son tan bajos que un extrangero no podrá mantenerse ni una semana con el sueldo de un mes. Cualquier ensayo de aumentar su salario, sería con éxito combatido por los que empleen asiáticos, y ningun otro bracero extranjero podría ser ocupado.

Ni los indios de la India Inglesa, ni los japoneses, serán deseables. Los primeros no han dado resultado satisfactorio, siendo colocados al lado del bracero chino, y los últimos no se han mostrado colonos útiles, como lo demostraron en los experimentos hechos en Formosa.

El chino es el más fácil de obtener; el más aceptable y es el más útil inmigrante que se pueda traer á Filipinas. Siendo dócil, doblegándose fácilmente á las leyes, indus-

trioso y frugal, acepta cualquier trabajo que le asegura un sueldo regular; ó labrará la tierra si sus productos son aceptables en el mercado.

Hoy día hay unos 80.000 chinos en el archipiélago y, sin ningún gasto ni esfuerzo, mas que el anuncio de que serán tratados con justicia, un número suficiente podrá ser introducido para decuplicar la producción de estas islas, dentro de veinte años.

En 1896/97 visité las colonias francesas, inglesas y holandesas en este Extremo Oriente, para personalmente estudiar las leyes sobre la inmigración china que existen en esas colonias. Reuní un monton de datos y mucha información de valor y estaba á punto de compilar todo ello para ofrecerlo á mi querida pátria--España-- y á su atesorada colonia Filipinas,- -cuando la guerra fué

clarada, y perdimos esta perla en la corona de Castilla.

Sin embargo, amante como soy de Filipinas, abusando de la amabilidad del caro lector, me voy á permitir extenderme algo más sobre este asunto, queriendo demostrar que el bracero chino es el único que hoy día puede levantar de la suma postración en que está el archipiélago.

Creyéndola necesaria, daré con una breve historia de la inmigración china en Filipinas.

Cuando los españoles descubrieron las Filipinas encontraron que el chino les había precedido en varios siglos, pero que pocos, si los había, habíanse establecido en las las islas. Traficaban en grandes juncos, trayendo una gran carga variada, para cambios con los naturales; pero con la monzon la mayor parte se volvían

á su pátria, principalmente Emuy y sus vecinas ciudades.

En Mayo de 1572 D. Miguel López de Legazpi, el entonces Gobernador general de estas islas, sábiamente alentó este comercio, y más aún, les indujo á residir en tierra en la nuevamente conquistada ciudad de Manila, cediéndoles un espacio que se llamó el Parian. Fuéronles además concedidas toda clase de protección y facilidades, y excención de derechos de Aduanas para sus mercancías.

Se podrían llenar volúmenes con copias de las más ó menos sabias leyes y decretos Reales escritos, concernientes á la inmigración china en Filipinas.

En 1804 se ordenaba que al chino se le permitiese residir en el interior del archipiélago, solo si se dedicaba á la agricultura, y se

le prohibía terminantemente negociar en otro lugar más que en el Parian.

El artículo ocho de este decreto rebajaba la contribución del chino agricultor á 6 reales al año, y obligaba al bracero á celebrar un contrato, precisamente por escrito, con el que le contratase. Penas severas se decretaron en caso de que una de las partes no cumpliese el contrato. Sin embargo, unos pocos fueron los chinos que aprovecharon estas facilidades estableciéronse en las provincias productoras de tabaco.

El 10 de Agosto 1834, otro Real decreto anulaba el precedente decreto, concediendo al inmigrante derecho á escoger su profesión y residencia, y no limitándole á la agricultura; así es que el poco beneficio que se había ganado por este enér-

gico é inteligente trabajo del bracero chino, se perdió.

Poco después, el 16 de Febrero de 1851, otro Real decreto fué publicado. Indudablemente era documento muy bien estudiado y razonado. Rindiendo homenaje al trabajo, ponía en su lugar al inmigrante chino "vis á vis" con el indígena, mejoró su condición y le dió ventajas alentándole para que trabajase las tierras de las islas.

Por este decreto, cualquiera era autorizado á importar braceros chinos para los campos, pero el inmigrante desembarcado para ellos no podía ocuparse en otro trabajo. Tenía que servir su tiempo de contrata, y se prescribían penas para los que no cumplían estas reglas.

El chino antes de este decreto pagaba una contribución de $1 50. Esta se suprimió para que se los de-

dicaban á la agricultura Su mujer y sus hijos similarmente estaban exentos de contribuciones.

Más aún, desde Madrid decretaron que se podían considerar bajo la misma categoría que los agricultores los pescadores, leñadores, mineros, constructores navales y todo obrero, menos al comerciante.

De hecho, se ofrecían las más seductoras condiciones para animar al bracero chino, que era reconocido como absolutamente esencial, hasta en esos días, para la prosperidad de estas islas.

Muy pocos sin embargo, aprovecháronse de estos privilegios concedidos á los braceros. Cerca de las ciudades, sí, algunos se ocuparon en tener huertas para proveer los mercados de verduras, pero á los campos no fué posible inducirles.

Fácil es comprender la preferen-

cia del chino por la vida de la ciudad á la del campo en Filipinas. En los campos, constantemente molestados por su competidor el indígena, el que naturalmente envidiaba su superior energía y frugalidad, siempre en contienda y temiendo que el fruto de su trabajo fuera destruido, el inmigrante, de una raza naturalmente tímida, podía solo existir bajo el ala protectora del gobierno, ó siendo bastantes numerosos para defenderse mútuamente.

He brevemente indicado con que rapidez y en fechas tan cercanas se dictaron decretos en favor y contra los braceros chinos. Naturalmente esto influyó mucho al bracero, que se sintió inseguro en su posición. Las consecuencias son que de los 204,747 chinos que inmigraron á Filipinas durante los 24 años que mediaron entre 1875 al 1898 no hubo

ninguno que se dedicó á la agricultura, más que á cultivar huertas cerca de la ciudades.

La mayor parte de los inmigrantes chinos vienen de la provincia de Fokien embarcándose en su puerto Emuy. Esta provincia por su superabundancia de población, ha sido, por muchos siglos, el mayor campo de donde se ha extraido la inmigración á Filipinas y las posesiones inglesas y holandesas de este Extremo Oriente.

En llegando á Manila el chino entra en un contrato por un determinado número de años para alguna industria. Nunca quejoso, trabaja consumiendo su energía, fatigándose, diez ó doce horas al día, no descansando más que unos cuantos minutos para alimentarse, resumiendo su trabajo como una máquina. Es indudable mente infatigable, inagotable.

El gobierno español, en tiempos recientes, no alentaba la inmigración China. Su única preocupación fué la le explotar lo más posible este artículo. Por los años 1885 la contribución era de $10 por cada chino inmigrante que desembarcaba en las islas.

Pocos años después subió este á pfs. 30 Ademas tenía el chino que pagar $1 por visita de médico y $2 para el Tribunal de Sangleyes, antes de permitírseles pisar este suelo.

Su cédula personal la costaba pfs. 9.40 por año, y además pfs. 3 para no hacer el trabajo de polista.

Todo este dinero le es adelantado por el corredor de la inmigración, que se hace cobro, naturalmente con creces, del contratante, y todo ello esta cargado á la cuenta del pobre inmigrante. Y, sin embargo, como todos saben éste ha prosperado.

Continuando diré, que no dudo

que si al bracero chino se le alentase con sabías y rectas leyes emigraría á Filipinas, con preferencia á otras colonias. La principal razón es que este archipiélago está tan cerca de su país, que solo emplea poco más de dos dias en llegar; otra razón es, que no habiéndose aún explotado este terreno, podrán obtener fácilmente mejores salarios aquí, es decir unos pfs. 9, al mes, en contra de pfs.5 á pfs.6 en otras partes.

Con el hecho indiscutible de que hace falta una inmigración para la prosperidad de estas islas, debería estudiarse imparcialmente por todo hombre sensato, apartando toda preocupación inmaterial al asunto, cuál es la inmigración que conviene el archipiélago.

En varias discusiones se han aducido, como poderosas razones, en

contra de la inmigración china, dos principales objeciones.

La primera que en ciertas provincias hay superabundancia de población. A esto preguntaré ¿y si tal fuera porqué esas provincias de Ilócos, Pampanga, Batangas, Antique, etc. se quejan de falta de recursos, muriéndose de hambre los habitantes, y teniendo que emigrar? Fértiles son esas provincias bajo cualquier aspecto que se las quiera tomar, ¿porqué no trabajan sus habitantes y permiten que sus campos vuelvan á lo que eran antes, es decir bosques vírgenes? De estas provincias podría, hoy, salir el arroz de que se carece en el archipiélago en vez de tener que importarlo desde fuera. La segunda que se hace y es remachada por todos los oradores, como si fuera la principal objeción en contra del bracero chino,

es que "el chino con sus vicios viene á perturbar la moral de la sociedad en Filipinas."

Este frase que dicha en un discurso oral suena-grande, espeluzante, leida á sangre fria, hace ver que el orador que la usa no ha meditado bien en su sentido. Despreciar á toda una raza por cuatro cargadores del muelle que se han visto, ni es sério ni meditado.

En todos los paises del mundo hay chusma, y no por eso se tacha á toda una nación por una minoría.

Nó! el chino tendrá sus vicios; si no los tuviese, estaría volando en el cielo entre los ángeles!, pero como hombre honrádo en su trabajo y palabra, y laborioso y frugal no le gana nadie. Habrá sus impostores, pero al que le dé una palabra el chino, puede calcularla como hecha.

Esto mismo ha sido discutido en

el Japón, y tanto, que en ese imperio prefieren los europeos tener negocios y contratos con chinos que con los japonese, aun con su tan cacareada civilización.

Cierro estas interminables cuartillas pidiendo que se me juzgue imparcialmente. No soy chinófilo, ni nada parecido. Si abogo por el chino, no es que tenga nada que ganar ó perder en su inmigración. Es una opinión mía, resultado de quince años que estoy estudiando el asunto, tiempo que lo he dedicado á pensar en estas queridas playas, que aunque no sean mi patria, las quiero tanto como si lo fueran y, que quisiera verlas muy alto pero mucho en el sendero de la prosperidad que se merecen por su inagotable fertilidad, y por sus simpáticos habitantes, á quienes como á hermanos quiero.

JUAN MENCARINI.